

## ¿EL FIN DE LAS UTOPIÁS?

*Carmen L. Bohórquez*

**1** Suele decirse que el vuelco que ha dado el mundo en los últimos años ha sido el más espectacular en toda la historia de la humanidad. Diversos conceptos concatenados cruzan las fronteras vía satélite para repetirnos una y otra vez que el mundo que habitamos hoy es totalmente diferente al que existía antes de lo que ya constituye un hito histórico: la caída del Muro de Berlín. A partir de ese hecho sólo resuena el eco de “el fin de la guerra fría”, “la muerte del marxismo”, “la desaparición de la controversia Este-Oeste”, “el advenimiento de la anhelada paz mundial” y muchas otras frases similares, con las que parece anunciarse el momento cumbre para la marcha del hombre a través de los tiempos: el cese definitivo de las luchas ideológicas y, con él, el anhelo utópico. El fin de la Historia, proclama Fukuyama,<sup>1</sup> porque bien cierto es que a la Historia la mueve la utopía. Y al no haber nada más qué buscar, hasta se permite, en un arranque nostálgico de lo que para él es ya un mundo aburrido, suspirar por los viejos tiempos de la confrontación y la lucha.

---

<sup>1</sup> Fukuyama, Francis. *¿El Fin de la Historia? y Debate sobre ¿El Fin de la Historia?* Traducciones al español de sendas apariciones en: *The National Interest*, 1989 e invierno 1989/1990, respectivamente.

Las trompetas que Fukuyama se anticipase en sonar, justo es reconocerlo, fueron seguidas de estridentes fanfarrias que proclaman y festejan el triunfo absoluto de la Democracia Liberal Occidental sobre las malignas fuerzas del Socialismo, que habían desviado y retrasado la realización plena de la libertad en el mundo. Pero más impactante que el hecho explicado, ha sido la velocidad y acriticidad con la que la explicación ha sido aceptada. Pocos parecen poner en duda al Neoliberalismo como modo globalizado de vida de la humanidad en su conjunto y por lo que le resta de existencia.

Corolario de esta actitud -muy oportunamente aparecida, dicho sea de paso- es la de obviar lo que hasta hace poco traía de cabeza a todos los analistas económicos y políticos: la crisis del Sistema Capitalista Mundial. Ahora, por un juego malvadamente analógico, quien se atreve a mencionarlo corre el riesgo de ser tildado de marxista en un momento en que tal adjetivo parece ser sinónimo de Phitecanthropus, por decir lo menos. Como nos place ir en contra de la corriente, nos permitiremos aquí algunas consideraciones relacionadas con estos temas.

**2.** En primer lugar, cabe destacar el elevado grado de complejidad que caracteriza al mundo actual. Aunque ya no aparezca en la prensa diaria, sigue presente la crisis del sistema capitalista mundial; de un sistema en el cual los elementos que tradicionalmente lo han conformado “se comportan como si no formaran parte”<sup>2</sup> del mismo, agudizando sus contradicciones internas. La creciente robotización, por ejemplo, replantea la relación fundamental capital-trabajo en términos que rebasan la formulación original. Los vertiginosos avances tecnológicos son de tal naturaleza que existen ya

---

<sup>2</sup> Balandier, Georges. *El desorden. La Teoría del Caos y las Ciencias Sociales*. Edit. Gedisa. / Barcelona, 1989. p. 44.

las bases materiales para acceder al reino de la libertad augurado por Marx, es decir, de la abundancia generalizada,<sup>3</sup> de la satisfacción plena de las necesidades materiales con un mínimo de esfuerzo humano; lo cual pone en cuestión la relación oferta-demanda. La exclusión de los países más pobres del Tercer Mundo, o de amplios sectores de las propias naciones industrializadas, como carentes de todo interés en la fase actual de mundialización del mercado, agrega contradicciones internas que esperan explicación y que, sumadas a las ya conocidas, indican claramente que nos encontramos en un momento de transición desde un orden económico, social y políticamente agotado y en proceso de desarticulación, hacia nuevas formas de organización que, en principio, podríamos llamar “post-capitalistas”.<sup>4</sup>

Estas contradicciones resultan agravadas -no resueltas- por el fin de la Guerra Fría, que traslada la dinámica de las fuerzas sociales de la polaridad Este-Oeste a la polaridad Norte-Sur. El colapso del sistema socialista evidentemente debilitó la posición del Tercer Mundo en sus relaciones con los centros hegemónicos, hasta el punto de llevarlo a la situación paradójica de casi implorar que lo exploten; en tanto que para las naciones desarrolladas representó la desaparición del muro de contención que impedía, a pesar de las reuniones del Grupo de los 7, la competencia frontal por el control del nuevo orden mundial. A esto debemos agregar: la multiplicidad de actores que intervienen en la trama, cada uno presionando hacia el logro de sus intereses y no de la real estabilidad del sistema; el proceso de internacionalización de la vida social que ha creado la comunicación instantánea y que, mientras por un lado impone una cultura homogénea de “videocaseteras y estéreos”, por el otro resalta la exclusión

---

<sup>3</sup> Castells, Manuel. *El Comienzo de la Historia*. El Socialismo del Futuro. Vol. 1, #2. 1990. p. 66.

<sup>4</sup> Córdova, Armando. Conversación personal.

de la mayoría del mundo subdesarrollado del ámbito funcional de esa vida social; así como, más grave aún, la evidente incapacidad del pensamiento científico actual para explicar esta acelerada transformación de la realidad. Incapacidad que se muestra no sólo en el hecho de que las categorías resultan inadecuadas, sino que el total de la experiencia acumulada y sistematizada parece inútil y hasta contraproducente para establecer pautas interpretativas y coherentes, tanto del presente como de su proyección en el futuro. Para ello, pues, no es de extrañar la aparición de explicaciones antagónicas para los mismos fenómenos.

**3.** Caos y cosmos. Orden y desorden. Nos movemos entre los extremos de la perplejidad. Tan desasistidos, tan desarmados y tan impotentes para comprender el cambio histórico como un barón feudal en los albores de la Modernidad. La perplejidad demanda respuestas urgentes que impidan el extravío de la razón. La inadecuación de los sistemas teóricos tradicionales a los nuevos cambios, genera un vacío epistemológico que debe ser llenado, so pena de nihilismo. ¿Quién será el nuevo Descartes que con el hilo de una nueva racionalidad reconstruya el sentido del mundo?

**4.** Fukuyama lo intenta al afirmar el Orden de manera absoluta. Cuando retoma a Hegel e interpreta el derrumbe del modelo socialista soviético como el triunfo definitivo del Estado liberal democrático -realización material del “estado homogéneo universal” de Hegel-,<sup>5</sup> Fukuyama proclama el fin de las luchas ideológicas y, por tanto, de la Historia. Terminado el debate político, no hay lugar tampoco para conflictos económicos, o, lo que es lo mismo, la globalización del mercado garantiza la paz política mundial.

---

<sup>5</sup> “Podemos sintetizar el contenido del Estado homogéneo universal como democracia liberal en la esfera política, combinado con acceso fácil a videocasetas y estéreos en lo económico”. Fukuyama, F. ¿El Fin de la Historia?

Esta situación, por otra parte, no es más que el desenlace lógico de las fuerzas sociales que resumen los principios de la Revolución francesa. Algo retrasado, por haber tenido que enfrentar al fascismo y al comunismo, el triunfo de Occidente se consolida hoy, según Fukuyama, al hacerse evidente “el total agotamiento de las alternativas sistémicas viables al liberalismo occidental.”<sup>6</sup>

Nuestra imaginación reproduce la certeza del barón feudal que, convencido de que es imposible avanzar más en el perfeccionamiento de un orden que no representa otra cosa que su propia y plena realización, la interpreta como si ya la humanidad no tuviese más caminos por recorrer.

De la misma manera, Fukuyama afirma que “...lo que estamos presenciando puede no sólo ser el fin de la Guerra Fría, o la terminación de un período particular de la historia de postguerra, sino el fin de la Historia como tal; esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano.”

Ya no hay más que hablar; lo único que nos queda por hacer a los que aún pretendemos seguir cabalgando en Rocinante, es apresurar el paso, no distraernos con molinos de viento, y aribar, lo más pronto posible, en esa estación final (no vaya a ser que las videocaseteras se acaben).

En esta explicación por el Orden, lo primero que salta a la vista - aunque se proclame el fin de las ideologías- es el afán de establecer un totalitarismo ideológico. El Ser, siguiendo la dirección trazada por el desarrollo histórico de la razón, completó por fin su plena, absoluta y total realización, al ocupar todos los espacios de la realidad. Quedan

---

<sup>6</sup> Idem.

definitivamente atrás las posibilidades de cualquier no-ser, de la Otreidad, de la Diversidad: “En el fin de la Historia no es necesario que todas las sociedades se vuelvan sociedades liberales exitosas, sino meramente que acaben con sus pretensiones ideológicas de representar formas diferentes más elevadas de sociedad humana”.

Se trata, verdaderamente, del Estado homogéneo universal; la homogeneidad promovida y preservada por la “cultura consumista infinitamente diversa”; la libertad realizada en la libre elección del color de la corbata. El proceso de transmutación del ser del hombre en objetos ha sido completado. Y esto, afirmado sin ningún prurito moralista. En esta marcha inexorable del Ser no parece haber lugar para la ética; ha sido la lógica del desenvolvimiento de la razón abstracta, no de la razón comercial o del afán de dominio de algunos hombres sobre otros, lo que ha culminado en esta imposición de la democracia liberal occidental como “forma final de gobierno humano”.

Si bien esta realización del Ser se ha completado en el plano ideal, aún le queda camino por recorrer en el orden material. El Tercer Mundo y grupos sociales o culturales del propio interior de las “naciones democráticas industrializadas” permanecen en situaciones de conflicto que responden aún a enfrentamientos ideológicos. Se trata, dice Fukuyama, de situaciones derivadas de un atraso tecnológico acumulativo, de la exacerbación de pasiones étnicas o religiosas, o de sus “características culturales o sociales que (...) son el legado histórico de condiciones premodernas”; como en el caso de la población negra estadounidense que aún arrastra el “legado de la esclavitud y el racismo”.

De esto se desprende que la integración al nuevo orden se está realizando selectivamente. No todos estamos en condiciones de acceder a

ese reino de la libertad que describe Fukuyama; pero quienes van accediendo dejan atrás la Historia y su sentido de pertenencia a la totalidad originaria, con lo cual quedan además liberados de compromisos solidarios con el pasado. “El proceso fundamental que vive el llamado Tercer Mundo es su desintegración como entidad relativamente homogénea”, dice Castells, como si este desintegrarse, para irse integrando al nuevo orden, fuese un acto voluntario en el cual los centros “atraedores” no tuviesen responsabilidad. Se puede, incluso, al habitar calles contiguas de una misma ciudad, pertenecer a “constelaciones socioeconómicas diferentes”.<sup>7</sup> La diferencia de Castells con Fukuyama es que, para el primero lo que estamos dejando atrás es la Prehistoria.

**5.** Esta explicación totalizadora encuentra, sin embargo, pocos asideros en la realidad presente. La percepción generalizada es la de un mundo que lejos de tender a la homogeneización, se hace crecientemente conflictivo. Ni la explicación de que el proceso no ha evolucionado lo suficiente, o de que son las categorías científicas actuales las que se han quedado rezagadas, bastan para imponer la noción de un mundo que ha dejado atrás y para siempre las posibilidades de nuevas transformaciones, incluida su propia destrucción.

Lo que aparece, en cambio, y cada vez con mayor presencia, es el caos: “El desorden absoluto que en nuestra época de barbarie racional se ha vuelto imposible de negar (...), obliga a ver el mundo, al menos desde el punto de vista filosófico, sin unidad, ni sentido, ni orden verdaderos (...)

---

<sup>7</sup> Castells, M. Op. Cit. p. 70.

como si no fuese incluso un mundo, sino más bien un conjunto disparatado.”<sup>8</sup>

Como evidencia de este imperio del desorden -o de nuestra incapacidad para entender el nuevo orden- se muestra la creciente internacionalización de los procesos políticos y económicos que maximiza las interdependencias; la aceleración de la innovación tecnológica; la transformación del mundo de las comunicaciones y otros, ya mencionados, que conforman lo que se ha dado en llamar una “explosión de complejidad” o una época de “turbulencia”.<sup>9</sup> Lo normal, entonces, lo que se impone no es el equilibrio, o el orden, sino el cambio, el desorden.

En la construcción de esta explicación son fundamentales los trabajos de Ilya Prigogine, uno de los fundadores de la termodinámica no lineal, y cuyos conceptos básicos sobre los sistemas termodinámicos<sup>10</sup> han sido llevados, por extensión, al campo de las Ciencias Sociales para explicar la progresión creciente del desorden, de fenómenos no previstos ni explicables en los sistemas sociales. Se trata, en concreto, de ver cómo evoluciona la entropía en dichos sistemas hasta provocar su descomposición y recomposición en un orden nuevo.

Desde esta perspectiva, se entienden las estructuras naturales y sociales como estructuras en desequilibrio permanente e influidas por acontecimientos externos que pueden entrar en procesos de desestabilización pronunciada, produciendo circuitos de inestabilidad.<sup>11</sup> El

---

<sup>8</sup> Conche, M. “Ordre et Désordre”. Cap. VII de la “Orientation Philosophique” (1973). p. 225. Citado por Balandier, G. Op. Cit. p. 56.

<sup>9</sup> Kilsberg, Bernardo. “¿Cómo será la Gerencia en la Década del 90?” Versión mimeografiada.

<sup>10</sup> Prigogine, Ilya y Stengers, I. *La Nouvelle Alliance, Métamorphose de la Science*. París, Gallimard, 1979.

<sup>11</sup> Kilsberg, B. p. 5.

mundo estaría, así, constituido por “estructuras disipativas de final abierto” o, lo que es lo mismo, por estructuras en permanente cambio cuyos sucesivos desenlaces son pocos previsibles y configuran nuevas estructuras de orden.<sup>12</sup> El punto crítico a partir del cual ese cambio cualitativo es posible, recibe el nombre de **bifurcación**. Los puntos de bifurcación serían los puntos de inestabilidad en el sistema, los puntos a partir de los cuales se impone un nuevo ritmo; tanto más frecuentes cuanto más débil sea la integración de éste. En este último caso, las fluctuaciones se extienden con mayor rapidez hasta afectarlo en su totalidad.

Contrariamente a la posición de Fukuyama, se trata de considerar al mundo en permanente desequilibrio; un mundo en el cual surge el orden, no como totalización final, sino como nueva estructura que porta en sí misma el desorden fecundante de nuevas posibilidades: “Es necesario describir el camino que constituye el pasado del sistema, enumerar las bifurcaciones atravesadas y la sucesión de bifurcaciones que han decidido la historia real entre todas las historias posibles”.<sup>13</sup> Del imperio de orden al imperio del azar. ¿Dónde queda el accionar humano?

Aun cuando esta otra explicación de las circunstancias actuales carece de la difusión de que gozan las tesis de Fukuyama, creemos, sin embargo, que por lo que toca al individuo común lo que prevalece hoy es la **conciencia** del desorden, de la turbulencia, del desamparo ante la carencia del instrumental apropiado con el cual entender y controlar los cambios. Como respuesta individual, asistimos actualmente a una proliferación e intensificación de movimientos, asociaciones y sectas religiosas. Y como

---

<sup>12</sup> “El orden y el azar se encuentran asociados; los sistemas se convierten en estructuras de un orden relativo donde actúa el desequilibrio, que evolucionan -si ninguna acción interna viene a contrariar la tendencia- hacia el desorden máximo”. Balandier, G. Op. Cit. p. 52.

<sup>13</sup> Prigogine, I. y Stengers, I. Op. Cit. p.p. 168-169. Citado por Palandier, G. Op. Cit. p. 52.

respuesta social, el oculto anhelo, manifiesto en la extraordinaria rapidez de su aceptación, de la imposición de un orden de carácter mundial que, como el neoliberalismo, acabe de una vez por todas con cualquier incertidumbre; desde poner un alto al pánico bursátil, hasta definir al portador definitivo del “Espíritu Absoluto” y erradicar las obsesivas e “irracionales” luchas de la guerrilla en el Tercer Mundo o de los fundamentalistas en el Oriente Medio. Por otro lado, está la respuesta de la tradición, del conservadurismo extremo, que se aferra al pasado como guía para interpretar el tiempo presente; y estamos los que creemos que este momento de desconcierto, de confusión e inestabilidad, es el signo inconfundible del paso de una etapa histórica a otra totalmente nueva, postmoderna y postcapitalista, cuyo proceso de generación y cristalización escapa, por los momentos, a nuestra comprensión.

Entretanto, mientras se articula una respuesta alternativa, en los círculos intelectuales de la racionalidad dominante se seudo-enfrentan dos explicaciones ontológicas que pretenden dar cuenta del Ser. La que identifica al Ser con la Democracia Liberal Occidental y la que, un tanto menos concreta pero con los mismos resultados prácticos, lo identifica con una organización en la cual orden y desorden se entremezclan de manera tan inextricable e incontrolable, que no sólo generan nuevos, inciertos e inquietantes modos de ser,<sup>14</sup> sino que, por oposición, también genera la necesidad de orden, del control que dé seguridad, estabilidad y garantías del futuro. En cualquiera de los dos casos, ya sea en el extremo orden o en el extremo desorden, los particulares, los individuos, nada son. La Historia se mueve entre los parámetros impuestos por el poder.

---

<sup>14</sup> En la cotidianidad esto se traduce en liberalización de las costumbres, desorden de la economía mundial, Sida, violencia incontrolable, etc.

**6.** Sea que hayamos llegado ya al final de la Historia, o sea que el mundo no sea más que “estructuras disipativas de final abierto”, el caso es que en ambas perspectivas el anhelo utópico queda definitivamente cancelado. Con el agravante de que, formulado este dictamen desde los centros de poder, se presenta revestido de universalidad.

Las implicaciones que se derivan de estas interpretaciones son de gravísimas consecuencias, tanto para América Latina como para el resto del mundo mantenido bajo relaciones de subordinación. Esta refinada forma de hegemonía, manifiesta en las tesis de Fukuyama y de la Teoría del Caos, se reviste de un carácter determinístico tal, que le sustrae a ese mundo toda posibilidad de trascender la totalidad hegemónica. Aprovechándose del vacío epistemológico dejado por la incapacidad de las ciencias actuales para explicar los cambios, así como del vacío ideológico generado por la crisis del socialismo, la oportunista tesis de Fukuyama pretende -con un derecho de tal vez divina procedencia- no sólo prefijar la estación final de la Historia, sino, además, declarar completamente definida la esencia humana. Así se establece como innegable verdad que, una vez realizado el neoliberalismo en el mundo material, estarían dadas, igualmente, todas las condiciones requeridas para que el hombre se satisfaga plenamente. Democracia política y libertad económica, como principios teóricos del accionar humano, bastarían para deslegitimar e inhibir cualquier práctica desviadora del curso trazado por dichas coordenadas. Suponer otra forma de ser hombre, definir otro sentido de la vida, postular una escala de valores en la cual no tenga el dinero la primacía, constituyen posibilidades humanas que el neoliberalismo considera históricamente descartadas. Como sistema hegemónico, se considera absoluto. Como absoluto, considera que realiza todas las posibilidades del hombre. Y con ello, paradójicamente, establece su mayor

contradicción interna, pues, presentándose como el sistema de la libertad, incauta al hombre toda libertad.

Por lo que a nosotros toca -tanto para Fukuyama como para la Teoría del Caos-, América Latina continúa existiendo en una historia subsidiaria cuyo final no puede ser otro que el de la historia del Ser mismo. Esta visión, que sirve a la secular pretensión de todo centro dominante de marcar el horizonte ontológico en el cual el resto del mundo debe inscribirse, es peligrosamente obviada por nuestra esfera dirigente ante el encanto de la novedad de su formulación.

Sin embargo, a pesar del nuevo rostro, no han de cambiar los vínculos de explotación económica y de alienación cultural que vienen atando nuestra historia a los designios de esas “naciones democráticas industrializadas” que orgullosamente proclaman la definitiva realización de los principios de la **igualdad** y de la **libertad**.

Escapar de ese designio, por tanto, sigue siendo nuestra responsabilidad. Por lo pronto tendremos que comenzar por diseñar una estrategia que enfrente adecuadamente las nuevas modalidades de totalización ideológica. Ya no se trata de que formemos parte de una periferia que se articula más o menos privilegiadamente a un centro, en tanto se busca que la dinámica de los conflictos de poder entre sistemas opuestos nos permitan cambiar radicalmente de bando, o incrementar nuestros privilegios. Se trata, ahora, de que para el sistema prevaleciente nuestra suerte parece haber quedado definitivamente sellada: o la resuelve el tiempo, según el camino que nos falte por recorrer para superar la Historia, o la resuelve el azar en una de sus tantas bifurcaciones.

Es evidente que esta revisión de las estrategias va a implicar también una revisión de nuestro arsenal categorial, así como de nuestra voluntad de lucha. No estamos a salvo de la perplejidad; pero ella no debe ni sumirnos en la inacción, ni llevamos a adoptar la primera explicación que se nos presente. La respuesta que Latinoamérica ha venido construyendo ha sido y será una respuesta necesariamente histórica y necesariamente ideológica, como histórica e ideológica ha sido y sigue siendo nuestra negación. La afirmación de nuestro ser propio no es, de ninguna manera, un asunto cancelado; antes, por el contrario, es un asunto que apenas comienza a germinar en la conciencia colectiva de América Latina.

No creemos, finalmente, que pueda hablarse del fin de la Historia porque alguna particular "alternativa sistémica viable" se haya agotado, si es que tal cosa es cierta. Habría, además, que demostrar que ya no es posible construir ninguna otra. Y esta posibilidad se mantendrá abierta en tanto exista un individuo que se niegue a formar parte de lo mismo. Siendo la libertad intransferible, no hay sistema que agote las posibilidades creadoras del hombre.